
Freud: "heimlich/unheimlich", la inquietante extrañeza*

Julia Kristeva

Explícitamente de alcance restringido, porque está en relación para empezar con los problemas estéticos, y privilegiando textos de Hoffmann, *Das Unheimliche* (Lo ominoso o lo siniestro) (1919) de Freud rebasa subrepticamente ese marco, pero también el fenómeno psicológico de la "inquietante extrañeza" para declararse una investigación sobre la *angustia* en general y, de manera aún más universal, sobre la *dinámica del inconsciente*. En efecto, Freud quiere demostrar en primer lugar, a partir de un estudio semántico del adjetivo alemán *heimlich* y de su antónimo *unheimlich*, que hay un sentido negativo cercano al antónimo que se vincula ya al término positivo de *heimlich*, "familiar", que significaría también "secreto", "oculto", "tenebroso", "disimulado". Así, en la palabra *heimlich* misma, lo familiar y lo íntimo se invierten en su contrario, alcanzando el sentido opuesto de "inquietante extrañeza" que contiene *unheimlich*. Esta inmanencia de lo extraño en lo familiar se considera una prueba etimológica de la hipótesis psicoanalítica según la cual "la inquietante extrañeza es esa variedad particular de lo terrorífico que se remonta a lo conocido desde hace mucho tiempo, a lo familiar desde hace mucho tiempo", lo cual confirma para Freud las palabras de Schelling según el cual "se llama *unheimlich* a todo lo que estando destinado a permanecer en el secreto, en lo oculto, ha salido a la luz".²

* Este texto es la traducción de parte de un capítulo del libro de Julia Kristeva *Etrangers á nous-mêmes*, publicado por Gallimard, colección Folio/Essais, en 1988.

¹ Sigmund Freud, *Obras completas*, vol. xvii, "Lo ominoso", p. 220, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

² *Ibid.*, p. 224.

Así pues, lo que es extrañamente inquietante sería lo que ha sido (nótese el pasado) familiar y que, en ciertas condiciones (¿cuáles?), se manifiesta. Se franquea un primer paso que desaloja a la inquietante extrañeza de la exterioridad en la que la fija el miedo, para volverla a colocar en el interior, no de lo familiar en tanto que propio, sino de un familiar potencialmente tachado de extraño y remitido (más allá de su origen imaginario) a un pasado impropio. Lo otro es mi ("propio") inconsciente.

¿Qué "familiar"? ¿Qué "pasado"? Para responder a estas preguntas, el pensamiento de Freud va a dar un giro extraño a la noción estética y psicológica de "inquietante extrañeza" o de ominoso que se ha planteado inicialmente, para volverla a encontrar en las nociones analíticas de angustia, de doble, de repetición y de inconsciente. La inquietante extrañeza que provoca en Nathanaél (en el cuento de Hoffmann "El hombre de arena") la figura paterna y sus sustitutos, así como las alusiones a los ojos, se vincula a la angustia de castración vivida por el niño, grabada en su inconsciente, reprimida y reaparecida finalmente en ocasión de un estado amoroso.

El otro es mi (propio) inconsciente

Por otra parte, Freud observa que el yo arcaico, narcisista, aún no delimitado por el mundo exterior, proyecta fuera de él lo que experimenta en sí mismo como peligroso o no placentero en sí, para hacer de ello un doble extraño, inquietante, demoníaco. Lo extraño aparece esta vez como una defensa del yo desamparado: éste se protege sustituyendo la imagen del doble benévolo que antes bastaba para protegerlo por una imagen del doble malévolo donde expulsa la parte de destrucción que no puede contener.

La repetición que acompaña frecuentemente al sentimiento de inquietante extrañeza Freud la afilia a la "compulsión de repetición" propia del inconsciente y que "emana de mociones pulsionales", compulsión "que depende sin duda de la naturaleza más íntima de las propias pulsiones, que es lo bastante fuerte como para colocarse más allá del principio de placer".

El lector está en lo sucesivo dispuesto a admitir que la inquietante extrañeza es un caso de angustia en el que "eso que angustia es algo reprimido que retorna". Sin embargo, en la medida en que

son escasas las situaciones psíquicas que manifiestan una represión absoluta, este retorno de lo reprimido bajo la forma de angustia, y más particularmente de inquietante extrañeza, aparece como una metáfora paroxística del funcionamiento psíquico mismo. Este está en efecto construido por la represión y por su necesaria travesía, de tal manera que el constructor del otro y, en definitiva, de lo extraño, es la represión misma y su permeabilidad. "[...] comprendemos que el uso lingüístico haga pasar lo *heimlich* a su contrario lo *unheimlich* [...] porque ese *unheimlich* no es en realidad nada nuevo o extraño, sino algo que es familiar para la vida psíquica desde siempre, y que sólo le ha devenido extraño por el proceso de la represión".

Digamos que el aparato psíquico reprime procesos y contenidos representativos que ya no son necesarios al placer, a la autoconservación y al crecimiento adaptativo del sujeto hablante y del organismo vivo. No obstante, en ciertas condiciones, ese reprimido "que hubiera tenido que permanecer oculto" reaparece y provoca la inquietante extrañeza o lo ominoso.

Aunque anuncia que en lo sucesivo se va a dedicar a "algunos otros casos de inquietante extrañeza", el texto de Freud continúa en realidad, mediante una sutil y secreta tentativa, develando las circunstancias que vuelven propicia esa travesía de la represión engendrando la inquietante extrañeza. La confrontación con la muerte y sus representaciones se impone en primer lugar, porque nuestro inconsciente rechaza la fatalidad de la muerte: "Nuestro inconsciente tiene hoy tan poco lugar como antaño para la representación de nuestra propia mortalidad". El temor de la muerte dicta una actitud ambivalente: nos imaginamos sobrevivientes (las religiones prometen la inmortalidad), pero la muerte no deja de ser menos la enemiga del sobreviviente y lo acompaña en su nueva existencia. Aparecidos y fantasmas representan esa ambigüedad y pueblan de inquietante extrañeza nuestras confrontaciones con la imagen de la muerte.

El fantasma de ser enterrado vivo provoca la inquietante extrañeza, acompañada "de una cierta concupiscencia, a saber la fantasía de vivir en el seno materno". Hemos aquí ante una segunda fuente de extrañeza: "Con frecuencia hombres neuróticos declaran que los genitales femeninos son para ellos algo ominoso. Ahora bien, eso ominoso es la puerta de acceso a la antigua tierra natal [*Heimat*] de la criatura, al lugar en que cada quien ha morado al comienzo. 'Amor es nostalgia [*Heimweh*]', se dice en broma" p. 244.

A la muerte y a lo femenino, a lo último y al origen que nos absorben y nos constituyen para inquietarnos cuando retoman, se agrega el "hombre [...] cuando le prestamos intenciones malas [las cuales] se cumplirán con ayuda de fuerzas particulares". Esas fuerzas maléficas serían un trenzado de lo simbólico y de lo orgánico: tal vez la propia pulsión, en el punto de unión de la psique y de la biología, que desborda el freno impuesto por la homeostasis orgánica. Se encuentra la manifestación perturbadora de ello en la epilepsia y en la locura, y su presencia en nuestro prójimo nos inquieta tanto más cuanto que la presentamos oscuramente en nosotros mismos.

Una semiología de la inquietante extrañeza

La muerte, lo femenino, la pulsión ¿son siempre pretextos para la inquietante extrañeza? Después de la ampliación de su meditación, que podría conducir a ver en la inquietante extrañeza el blasón del funcionamiento inconsciente, el mismo tributario de la represión, Freud delimita las condiciones de la misma subrayando algunas particularidades de la semiología en la que se manifiesta. Magia, animismo o, más prosaicamente, "incertidumbre intelectual" y lógica "desconcertada" (según Jentsch) son propicias a la inquietante extrañeza. Ahora bien, lo que reúne esos procedimientos simbólicos, permaneciendo muy diferentes, reside en un debilitamiento del valor de los signos en tanto que tales y de su lógica propia. El símbolo deja de ser símbolo y "reviste toda la eficiencia y toda la significación de lo simbolizado". En otros términos, el signo no es vivido como arbitrario sino que asume una importancia real. En consecuencia, la realidad material que el signo debía normalmente indicar se desmorona en beneficio de la imaginación, que no es más que "la acentuación excesiva de la realidad psíquica en relación a la realidad material". Estamos ante la «omnipotencia del pensamiento» que, para constituirse, invalida tanto lo arbitrario de los signos como la autonomía de la realidad y los pone bajo el dominio de fantasmas que expresan deseos o temores infantiles.

La neurosis obsesiva, pero también y de manera diferente las psicosis, tienen esta particularidad de "reificar" los signos, de deslizarse del orden del "decir" al orden del "hacer". Esa particularidad testimonia también una fragilidad de la represión y, sin realmente

explicarla, deja que se inscriba en ella el retorno de lo reprimido bajo la forma del afecto de inquietante extrañeza. Mientras que, en otro dispositivo semiológico, se puede pensar que el retorno de lo reprimido tomaría el aspecto de síntoma somático o de pasaje al acto, aquí la debilidad del significante arbitrario y su tendencia a reificarse en contenidos psíquicos que toman el lugar de la realidad material favorecerían la experiencia de inquietante extrañeza. A la inversa, nuestra experiencia fugaz o más o menos amenazante de la inquietante extrañeza sería el índice de nuestras latencias psicóticas, de la fragilidad de nuestra represión, al mismo tiempo que de la inconsistencia del lenguaje en tanto que barrera simbólica que estructura en último término lo reprimido.

Extraño, en efecto, el encuentro con el otro, que percibimos por la vista, el oído, el olfato, pero no "encuadramos" por la conciencia. El otro nos deja separados, incoherentes; más aún, puede darnos el sentimiento de carecer de contacto con nuestras propias sensaciones, de rechazarlas o, al contrario, de rechazar nuestro juicio sobre ellas, sentimiento de ser "estúpidos", "engañados".

Extraña también esa experiencia del abismo entre yo y el otro que me choca, no la percibo siquiera, me aniquila tal vez porque la niego. Frente al extranjero que rechazo y con el que me identifico a la vez, pierdo mis límites, ya no tengo continente. Los recuerdos de las experiencias donde se me había dejado caer me sumergen, pierdo los estribos. Me siento "perdida", "vaga", "brumosa". Son múltiples las variantes de la inquietante extrañeza: todas reiteran mi dificultad de colocarme en relación al otro y reestructuran el trayecto de la identificación-proyección que yacen en el fundamento de mi acceso a la autonomía.

En este punto del recorrido, se comprende que Freud se ciña a disociar la inquietante extrañeza suscitada por la experiencia estética de la experimentada en la experiencia real: Freud subraya muy particularmente las obras en las que el efecto de extrañeza es abolido por el hecho de que el universo entero del discurso es ficticio. Estos son los cuentos de hadas, donde el artificio generalizado nos ahorra toda comparación posible entre el signo, lo imaginario y la realidad material. En consecuencia, el artificio neutraliza la inquietante extrañeza y vuelve verosímiles, aceptables y agradables todos los retornos de lo reprimido. Como si la magia absoluta -la sublimación absoluta- así como en lo opuesto la racionalización absolu

ta -la represión absoluta- fueran nuestras únicas defensas sontra la inquietante extrañeza... A menos que, privándonos tanto de los riesgos como de las delicias de la extrañeza, no sean más que los liquidadores de ella.

Sujetos, artistas y... un rey

Asociada, como lo hemos visto, a la angustia, la inquietante extrañeza no se confunde sin embargo con ella. Es en primer lugar, choque, insólito, asombro; y aun cuando la angustia se le una, la inquietante extrañeza preserva esta parte de malestar que conduce al yo, más allá de la angustia, a la despersonalización. "Sentimiento de extrañeza y despersonalización forman parte de la misma categoría", observa Freud, y muchos analistas insisten en la frecuencia del afecto de *Unheimliche* en las fobias, sobre todo cuando los contornos del yo son excedidos por el choque con algo "demasiado bueno" o "demasiado malo". En suma, si la angustia se refiere a un *objeto*, en cambio la inquietante extrañeza es una *desestructuración del yo* que puede, ora perdurar como *síntoma* psicótico, ora inscribirse como *apertura* hacia lo nuevo, en una tentativa de adaptación a lo incongruente. Retorno de un reprimido familiar, en efecto, el *Unheimliche* no necesita por ello menos el impulso de un encuentro nuevo con un exterior inesperado: despertando las imágenes de muerte, de autómatas, de doble o de sexo femenino (la lista no está sin duda cerrada, hasta tal grado el texto freudiano deja la impresión de una reserva poco distante por apasionada), la inquietante extrañeza se produce cuando se borran los "límites entre *imaginación* y *realidad*". Esta observación refuerza la concepción -que se desprende del texto de Freud- de lo *Unheimliche* como derrumbamiento de las defensas conscientes, a partir de los conflictos que experimenta el yo frente a un otro -el "extraño"- con el que mantiene un vínculo conflictivo, a la vez "necesidad de identificación y miedo de ésta" (Bouvet). El choque del otro, la identificación del yo con este buen o mal otro que viola los límites frágiles del yo incierto, estarían así pues en la raíz de una inquietante extrañeza cuyo aspecto excesivo, representado en literatura, no podría ocultar su permanencia en la dinámica psíquica "normal".

Un niño confía a su analista que el día más hermoso de su vida es el de su nacimiento. "Porque ese día era yo, me gusta ser yo, no me gusta ser otro". Pero se siente otro cuando tiene malas notas, cuando es malo, extraña al deseo de padres y maestros. Así mismo, los lenguajes "extraños" no naturales, como la escritura o las matemáticas, provocan el sentimiento de inquietante extrañeza en el niño.

Abandonamos aquí lo extraordinario de la inquietante extrañeza literaria para volver a encontrar su inmanencia (necesaria y por lo tanto banal) en el psiquismo a título de prueba de alteridad. Se puede pensar con Yvon Brés que el recurso de Freud a las obras estéticas para situar la noción de inquietante extrañeza es una confesión de su imposible tratamiento por el psicoanálisis. El hombre se encontraría ante una especie de "*a priori* existencial" frente al cual la reflexión freudiana se reúne con la fenomenología heideggeriana. Sin llegar a una conexión de este tipo, observemos sin embargo que Freud retoma el término en *El porvenir de una ilusión*: la civilización humaniza la naturaleza dotándola de seres que se nos parecen, es este proceso animista que hace que "respiremos, que nos sintamos en casa en la extrañeza inquietante, que podamos elaborar psíquicamente la angustia [que antes estaba privada] de sentido". Aquí, la inquietante extrañeza ya no es producción artística ni patológica, sino ley psíquica que permite enfrentar lo desconocido y elaborarlo en el proceso de *Kulturarbeit*, de la obra de la civilización. Freud, que confiesa una "insensibilidad" en materia de inquietante extrañeza, abre así otras dos perspectivas frente a lo insólito, pariente de la angustia. Por una parte, el sentimiento de insólito es motor de identificación con el otro, elaborando su impacto despersonalizador por medio del asombro. Por otra parte, el análisis podrá iluminar este afecto, pero lejos de perseguir con obstinación disolverlo, debería pasar la baza a la estética (algunos dirán también a la filosofía) para saturar en ella la trayectoria fantasmática y asegurar el eterno retorno catártico, por ejemplo en los lectores de historias inquietantes.

La forma brutal y catastrófica que puede adoptar el encuentro de lo *extraño* se ha de incluir en estas consecuencias generalizadoras que parecen desprenderse de la reflexión freudiana sobre el desencadenamiento de la inquietante extrañeza. Prueba de nuestro asombro, fuente de despersonalización, no podremos suprimir el síntoma que provoca lo extraño sino simplemente volver a él, elucidarlo, remitirlo a nuestras despersonalizaciones esenciales y solamente así apaciguarlo.

No obstante, la inquietante extrañeza también puede ser evacuada: "No, esto no me trastorna: me río o actúo, me voy, cierro los ojos, golpeo, ordeno..." Esa liquidación de lo extraño podría conducir a la liquidación de lo psíquico, dejando, a costa de un empobrecimiento mental, la vía libre al pasaje al acto, hasta la paranoia y el crimen. De otra manera, no hay inquietante extrañeza para la persona que goza de un poder reconocido y de una imagen espléndida. La inquietante extrañeza se transforma para ella en gestión y en planificación: la extrañeza es para los "sujetos-súbditos", el soberano la ignora y sabe como administrarla. Una anécdota contada por Saint-Simon ilustra bien esta situación. El rey Sol borra la inquietante extrañeza y su miedo para desplegar todo su ser exclusivamente en la ley y en el placer del aparato versallés. La interioridad perturbada les corresponde a los cortesanos, ese mantillo de la sutileza psíquica que el memorialista de genio nos lega adelantándose a menudo brillantemente a las especulaciones freudianas.

Por último, algunos podrían metamorfosear lo insólito en ironía. Nos imaginamos a Saint-Simon, una fina sonrisa en los labios, tan alejada de la censura real como de la perturbación cortesana: el humorista atraviesa la inquietante extrañeza y -a partir de una seguridad que es la de su yo o bien la de su pertenencia a un universo intocable que no amenaza para nada la guerra de los mismos y de los otros, de fantasmas y de dobles- él no ve en ella... más que humo, construcciones imaginarias, signos. Inquietarse o sonreír, ésta es la opción cuando lo extraño nos asalta; depende de nuestra familiaridad con nuestros propios fantasmas.

Lo extraño dentro de nosotros

La inquietante extrañeza sería así la vía real (pero en el sentido de la corte, no del rey) por la que Freud introdujo el rechazo fascinado del otro en el corazón de ese "nosotros mismos" seguro de sí y opaco, que precisamente ya no existe después de Freud y que se manifiesta como un extraño país de fronteras y alteridades construidas y desconstruidas sin cesar. Cosa rara, no se trata para nada de *los extran-*

jeros en el *Unheimliche*.

En verdad, es raro que un extranjero provoque la angustia aterradora que suscitan la muerte, el sexo femenino o la pulsión desen-

frenada "maléfica". ¿Es sin embargo tan seguro que los sentimientos "políticos" de xenofobia no comporten, a menudo inconscientemente, este trance de júbilo asustado que hemos denominado *unheimlich*, que los ingleses nombrab *uncanny* y los griegos simplemente *xenos* "extranjero"? En el rechazo fascinado que suscita en nosotros lo extranjero hay una parte de inquietante extrañeza en el sentido de la despersonalización que Freud descubrió en ella y que se reanuda con nuestros deseos y nuestros miedos infantiles al otro, el otro de la muerte, el otro de la mujer, el otro de la pulsión indomeñable. Lo extranjero está en nosotros. Y cuando huimos o combatimos al extranjero, luchamos contra nuestro inconsciente, este -impropio- nuestro -propio- imposible. Delicadamente, analíticamente, Freud no habla de extranjeros: nos enseña a detectar la extranjería en nosotros. Tal vez sea la única manera de no acorralarla hacia afuera. Al cosmopolitismo estoico, a la integración universalista religiosa, sucede en Freud el valor de decimos desintegrados para no integrar a los extranjeros y menos aún perseguirlos, sino para acogerlos en esta inquietante extrañeza que es tanto la suya como la nuestra.

En realidad, esta distracción o esta discreción freudiana respecto al "problema de los extranjeros" -el cual no aparece más que en eclipse o, si se prefiere, en síntoma, por el recuerdo del término griego *xenai*- podría interpretarse como una invitación (¿utópica o muy moderna?) a no reificar al extranjero, a no fijarlo como tal, a no fijarnos como tales. Sino a analizarlo analizándonos. A descubrir nuestra perturbadora alteridad, porque es ella la que hace irrupción frente a ese "demonio", a esa amenaza, a esa inquietud que engendra la aparición proyectiva del otro en el seno de lo que persistimos en mantener como un "nosotros" sólido y propio. Al reconocer *nuestra* inquietante extrañeza, no sufriremos de ella ni gozaremos de ella desde fuera. Lo extraño está en mí, por lo tanto todos somos extranjeros. Si yo soy extranjera, no hay extranjeros. Freud no habla de ello. La ética del psicoanálisis implica una política: se trataría de un cosmopolitismo de un tipo nuevo que, transversal a los gobiernos, a las economías y a los mercados, obra para una humanidad cuya solidaridad se funda en la conciencia de su inconsciente: deseante, destructor, temeroso, vacío, imposible. Estamos lejos aquí de un llamado a la fraternidad de la que ya se ha subrayado irónicamente la deuda frente a la autoridad paterna y divina. "Para que haya herma

desde el diván

nos, se necesita un padre", no dejaba de decir Veillot apostrofando a los humanistas. Desde el inconsciente erótico y mortífero, la inquietante extrañeza -proyección al mismo tiempo que elaboración primera de la pulsión de muerte- que anuncia los trabajos del "segundo" Freud, el de *Más allá del principio de placer*, instala la diferencia en nosotros bajo su forma más desconcertante, y la da como condición última de nuestro ser *con los otros*.

Traducción Isabel Vericat